



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9362

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SABADO 14 DE ENERO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreite, rue Gaumartin, 81, y J. Jones, Faubourg-Moïtmartre, 31.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL



COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio en: al MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, n.º 1 (Pasos de Beccetos.)

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas 12.000.000
Primas y reservas..... 40.697.980

Total..... 52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 48.301.675,53.

Dírigirse a los Subdirectores Sres. Viuda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos, 15,

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

M.ª LEONIE BROUTIN, MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado a esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Pura Díaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.
CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.
ESTUFAS Chauberski, varios tamaños y artístico decorado.
Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.
—Puerta de Murcia.

ECOS DE MADRID

12 de Enero de 1893.

Las variaciones atmosféricas que se repiten en un mismo día han alterado la salud de los habitantes de Madrid de tal modo, que hay muy pocas personas que ó este más ó menos acatarradas, las enfermedades crónicas se han exacerbado y la mortandad es mucho mayor que de ordinario.

En las Iglesias y en los Teatros, fieles y espectadores tosen sin cesar. Las pastillas de Gerardo y las flores cordiales van á subir de precio como los cambios sobre París, sino se realizan los augurios de nuestro famoso Noherlesoon que nos ha prometido una apacible temperatura en la segunda quincena del presente mes.

A pesar de las inclemencias del tiempo no falta quien experimente entusiasmos amorosos. Una bohardilla y un tejado han sido recientemente teatro de una escena arrancada al parecer de la dramática moderna tan aficionada á presentar y resolver el problema del adulterio.

Un marido que sospecha su desventura fue á ver al Juez de su dis-

trito, le refirió su lastimosa historia y obtuvo el necesario mandamiento para poder penetrar en compañía de la autoridad en una bohardilla que su infiel consorte y el adorador clandestino habían elegido para ocultar sus amores.

Los culpables fueron sorprendidos; y Adán no encontró mas salida que una ventana que le abrió paso al tejado, dondó fue capturado por los guardias de órden público quienes le sorprendieron con una pistola en la mano y tiritando de frío.

Está demostrado que el oficio de galanteador tiene sus quebradas como todos los demás, sobre todo cuando los que lo ejercen no están duchos en el arte de dar los quiebros indispensables para no recibir el fatal achuchón.

Ya se habrán enterado los lectores de la historia de la «Niña secuestrada.» «¡Ay infeliz de la que nace hermosa!» se decía en otros tiempos. En los actua es hay que decir: «¡Ay infeliz de la que se encuentra en posesión de una fortuna inesperada!» Con efecto, la niña en cuestión vivía tranquila con sus padres adoptivos. De pronto resulta heredera de treinta mil duros y todo el mundo quiere convertirse en tutor ó sea en administrador de las ciento cincuenta mil pesetas.

«¿Por qué no es esto, si no que la infantil heredera ha desaparecido y va á ser, á pesar suyo, protagonista de una novela que se escribirá en papel sellado y resultará cara para la joven.»

El donador es un teniente general que falleció hace poco; la madre una dama aristocrática según cuentan. Con menos elementos han forjado novelas interesantísimas Montepin y Richebourg.

Buen asunto para un drama y digno de la inspirada pluma del maestro Echegaray, quien anoche vió representar á su beneficio su «Mariana» que durante cuarenta noches consecutivas ha tenido la suerte de reunir numeroso y escogido público en el teatro de la Comedia.

A esta obra seguirá la nueva de Pérez Galdós, que de seguro llama-

rá la atención pública. Pero por mucho interés que despierten las producciones de nuestros autores, no alcanzan los éxitos de dinero que las compañías extranjeras que vienen de cuando en cuando á sacarnos las pesetas tan despreciadas por los francos.

La Judit que pasa ya de la edad teatral y que soló se distingue por la ingenuidad y candidez con que declama ó canta los conceptos más escabrosos, ha logrado un abono que ya lo quisiera el teatro Español.

Dicen que la situación es precaria, que no hay dinero ni gusto y sin embargo en pocos días se han reunido unos cuantos miles de pesetas, apretadas por familias é individualidades que se prometen horas agradables saboreando el repertorio subido de color que ha hecho la reputación de la actriz francesa.

Al principio de mi crónica he indicado que estamos en plena epidemia de catarros. Otra epidemia que se está incubando en Madrid amenaza á España entera: la de los candidatos á Diputados. Aquí no se oyen más que frases como esta: —Por donde se presenta Ud? —Por donde piensa Ud. salir? No es salida lo que buscan, sino entrada! ¡Pobre país!

JULIO NOBELA.

COLABORACION INEDITA.

EL CORONEL

DIBUJOS DE CUCHY.—FOTOGRAFADOS DE LOS SUCESOS DE RAMÍREZ.—BARCELONA.

Yo me crié delicadito y con tal predisposición á los catarros, que en cuanto me desabrígaba ó dormía sin un pañuelo de hierbas atado á la cabeza, ya estaba tosiendo como un gato y se me ponía la nariz que daba lástima verla. Mi complexión nerviosa estaba sujeta á todo género de emociones, y no podía leer un folletín sin conmoverme, ni resistía la mirada de una joven, por fea que fuese, sin sentir en mi pecho la llama del amor.

Yo había amado á todas las chicas útiles de mi pueblo, una por una, con más ó menos frenesí, hasta que me enamoré como un insensato de una joven preciosa, hija de un coronel iracundo, que se llamaba Garriguez y tenía unos bigotes que infundían espanto.

Mandaba un regimiento de guarnición en Vigo, mi ciudad natal, y era el terror de sus subordinados por su genio irascible y su conducta grosera.

Un día cogió á un cabo primero del segundo batallón y lo tiró al patio del cuartel, porque llevaba torcido el corbatín.

Otro día enganchó á un ranchero por el cinturón y lo arrojó de cabeza en el caldero del rancho.



Era un hombre temible, y en su casa todos andaban sobresaltados, esperando

que el mejor día matara á dos ó tres hijos, que tenía once.

Mi novia hacia el número 3, por orden de nacimiento, y era una rubia deliciosa con un corazón de ángel y unos ojos lánguidos que me enloquecían.

Cuando tuve la dicha de declararle mi atrevido pensamiento, su semblante se tiñó de encendido carmín y dijo dulcemente:

—Pues bien, Eleuterio: yo no rechazo ese amor que Ud. me ofrece; pero mi papá...

—Sí, señorita; ya sé que su papá es una caballería mayor y perdóneme usted lo atrevido del concepto.



—Me ha dado el ser, y no quisiera que Ud. le faltase.

—Guárdeme Dios.

—Pero hay que vivir prevenidos; si descubriese nuestros amores sería capaz de todo.

Cuando estuvimos de guarnición en Lérida, supo que mi hermana la mayor se había puesto en relaciones con un joven de la localidad y lo primero que hizo fue arrojarle sobre él y clavarle los dientes en una oreja.



Yo me estremecí, pero el amor que sentía por aquella criatura angelical me dió fuerzas para todo y dije con acento de resolución: —No importa estóy dispuesto á morir si fuese necesario.

Pero no pasaba una sola vez por delante de los balcones de mi novia, sin llevarme las manos á un sitio que no puedo nombrar, como si sintiera ya la bota del coronel chocando violentamente contra mi pantalón.

Un día recibí la carta siguiente, escrita con mano temblorosa por la dueña de mi pensamiento:

—Querido Eleuterio de mi corazón: papá lo sabe todo y dice que te ha á dar una patada.

Hayer cuando pasastes quiso bajar pero tenía puestas las sapatillas y por eso no bajó pero lla saves como es y el día que tenga puestas las votas bajará y testropea.—Tulla, Tulla.

Nadie sabe el efecto que me causó esta carta horrible.

—Toma y lee le dije á un teniente del regimiento, amigo mío de la infancia.

—Sí—murmuró el teniente con voz temerosa.—Es capaz de todo.

—¿Pero tú crees que llegará á testropearme?

—Como si lo viera. Desde aquel día no tuve un instante de tranquilidad y las botas del coronel se me aparecían en sueños, terribles y amenazadoras.



II

Pasaron dos meses, durante los cuales, yo había del coronel como un espantado. Veíale venir por una acera y yo me pasaba á la otra. Tropezaba con él en el Casino, y un sudor mortal inundaba todo mi cuerpo sobre todo cuando le veía á caballo, al frente de la tropa, me echaba á temblar ante el temor de que mandase hacer fuego contra mí ó quisiera introducirme la espada por la boca del estómago.

Cierta tarde no pude evitar un encuentro con mi verdugo.

Iba yo distraído por la plaza de la ciudad, cuando sentí el peso de una mano que se posaba sobre mi hombro y una voz de trueno que decía:

—Caballerito; ahítese Ud. con ojo.

No pude articular una sola frase.

El coronel me envolvió en una mirada de tigre herido y se dejó á andar reposadamente.

Yo llevaba entonces en la boca un caramelo de malvabisco que me había regalado una tía mía y me lo tragué entero.

III

El único que me aconsejaba era el teniente.

—Deja esas relaciones—me decía.

—¿Pero si la amor contestaba yo llevándome las manos al pecho.

—Tú no sabes todavía quien es el coronel.

El teniente era gran aficionado al billar, pero jugaba lo mismo que un tahonero francés.

Su mayor encanto consistía en sentarse por las noches ante las mesas de carambolos, donde ejecutaban primorosos los chicos carambolistas de mi pueblo.

La junta del Casino había mandado colocar una fila de butacas delante de los billares para que los socios pudiesen distraerse contemplando la habilidad de los carambolistas.

El teniente era uno de los mirones más asiduos y allí iba á buscarle yo todas las noches después de hablar con mi novia por una gatera.

Cierta noche llegué al casino con mejor humor que nunca.

Tulita me había regalado una trenza de sus cabellos y un mocelotón para que lo conservara toda la vida.

—¿A quién mejor que al teniente podía hacer partícipe de mi felicidad?

—Voy a contárselo todo—decía yo subiéndome las escaleras del Casino.

Llegué á la sala de juego; apoyado en el respaldo de la butaca vi el rostro del teniente que como de costumbre presenciaba la partida de carambolos.



Me acerqué por detrás sin hacer ruido